Crónica de letras

MARY G. SANTA EULALIA

CINE

Político

El género "cine político" se hace notar. Personalidades como el socialista Miterrand, el nazi Hitler —ya reflejado en las pantallas, por Charlie Chaplin, en la cinta satírica *The Great Dictator* (*El Gran Dictador*), en 1940— se van abriendo espacios en los rollos de celuloide, cada vez más frecuentemente. No han sido de lo más solicitado. Los productores dudaban de que sus problemas pudieran igualar, en el favor de los ciudadanos, a otros asuntos más entretenidos: ficciones sentimentales y dramáticas de gente normal, comedias, aventuras exóticas, intrigas policíacas o imponentes epopeyas de la antigüedad. Cuestiones de gobiernos y gobernantes se soslayaban o se remitían al sector de documentales, exclusivamente. Es cierto que, entre las primeras películas de la historia, ya hubo alguna dedicada a un presidente de EEUU. Por otra parte, autoridades, reyes, aristócratas, y figuras ilustres ocupaban los noticiarios cuando realizaban viajes, celebraban festines o bodas o intervenían en cualquier ceremonia de interés público. Hoy parece que se encuentran más en largometrajes buscando acomodo entre los géneros clásicos. En el último lote de estrenos, envía Italia el contradictorio título *Buongiorno, notte* (*Buenos días, noche*), de Marco Bellocchio, realizador de *I pugni in tasca*, que se dio a conocer en 1965, y cuya profesionalidad y persevarancia se ha probado por un trabajo continuado, hasta el tiempo presente. No perturba, ya que su tendencia a la reflexión en esa materia le ha marcado desde los comienzos de su carrera. Su elección ha recaído en un suceso que escalofrió a Occidente: el secuestro y asesinato del ex Primer Ministro de Italia y jefe del partido de la Democracia Cristiana, Aldo Moro, por las Brigadas Rojas, en 1978. Bellocchio nos sitúa ante el secuestro ya cometido y la cotidianidad del oscuro y largo encierro, observando las actitudes de sus ejecutores, su consenso y sus pugnas. Ello actúa como barrera entre él y los hechos a los que evita teñir de sensiblería. Lo cual no equivale a que esté atrincherado en una frialdad o indiferencia absolutas. Más bien adopta la postura de un árbitro. Toma apoyos ilustrativos de la realidad, con el recurso de filmaciones de la época, facilitadas por la Cinemateca de Turín. La emoción, más que aportada por el discurso, las teorías o argumentos que intercambian entre sí los miembros del comando, vigilantes del prisionero, procede de la constante y conmovedora música en que se envuelve la fotografía, apropiadamente concebida para producir claustrofobia. Es la selección de las composiciones la que alcanza la máxima eficacia en la medida del cuadro, hasta su hondura más profunda. Maya Sansa, en Chiara, destaca como la pieza especial del drama, en su interpretación.

Del género político, más actual y controvertido es *Paradise now* que, en un estilo naturalista y rodada en Nablus y Nazaret, explora la condición del "kamikaze", en su versión del joven palestino en paro, reclutado y consagrado a convertirse en mártir. Rodando entre explosiones y misiles, el director Hany Abud-Assad se propuso dar pie a un debate crítico sobre las distintas técnicas de

conseguir la paz. Parte de la existencia de la violencia, de las negociaciones interminables sobre los territorios palestinos ocupados por Israel y, en palabras del realizador, de que esa ocupación ha creado a los suicidas. En su planteamiento deja claro que no sólo por la Intifada —rebelión— se llegará a la solución de confirmar la existencia y convivencia de los dos Estados: Israel y Palestina.

Violencia

Guardianes de la noche, del ruso Timur Bekmambetov, es una novedad. En varios sentidos, por la escasa producción de cine moderno ruso que llega a nuestras pantallas y porque se refiere a la lucha permanente entre las fuerzas de la Luz y de la Oscuridad, o del Bien y del Mal, tan cara a los films "negros" de ficción estadounidenses, como la saga de *Star Wars* y otras muchas. Tiene una graduación de brutalidad que sobrepasa lo que se haya visto hasta hoy, incluida la del rey de esa modalidad, Quentin Tarantino (*Pulp Fiction*). Por ejemplo, en una secuencia, uno de los combatientes echa las manos a su espalda, al nacimiento del cuello, y clavando los dedos, se abre una enorme herida, por donde, de un tirón, se arranca las cervicales y la columna vertebral completa, que convierte en arma defensiva, "ipso facto". Simbólica, tremendista, atormentada, no sólo detalla las peleas con imágenes nada complacientes, insólitas y macabras, sino que aborda nociones de conciencia y pecado entre negruras impactantes. Es la primera entrega de una trilogía adaptada de un libro de gran venta, según se dice, en la patria de Pedro el Grande.

Comedias

Sin dejar de ampliar sus temáticas y dar cabida a más sectores que antes, como es el político, al que no se concedía mucha participación, el cine no se deja arrebatar las viejas fórmulas. Una de las más antiguas y consagradas, se confirma como imperecedera. Es la que acaban de usar los hermanos Peter y Bobby Farrelly en *Amor en juego*. Segunda versión de la novela *Fiebre en las gradas*, de Nick Hornby. Responde al antiquísimo esquema semidramático de "chico encuentra chica; pierde chica y recupera chica". En los tiempos que corren, pedía una puntualización. La chica toma cartas en el asunto. El conflicto también la afecta a ella. Por tanto, en paralelo con el varón, "chica encuentra chico; pierde chico y recupera chico". La modernidad ha conseguido igualar a los sexos y la adicta al trabajo y competitiva Lindsey Meeks (Drew Barrymore) puede tomar decisiones sobre su futuro y ofrecer sacrificios, como hace Ben Wrightman (Jimmy Fallon), su pretendiente, renunciando cada uno a una exigencia, en aras de la felicidad, aunque para demostrarlo interrumpan un importante partido de béisbol disputado por el mítico equipo de los Red Sox.

Podría servir un comentario parecido para la cinta estadounidense *Sr. y Sra. Smith*, salvo que aquí nada es lo que parece. El Sr. Smith, Brad Pitt, y la Sra. Smith, Angelina Jolie, residen en un barrio de chalets de clase media, idénticos, como clonados. Llevan una vida aparentemente vulgar. ¿En qué se basan sus vecinos para creer semejante cosa? El público, que les empieza a conocer en la película, no lo entiende. A los pocos minutos, deja de preocuparse por la falta de explicación lógica de su comportamiento. Coherencia y lógica escasean en el guión y puede que, en un momento dado, hasta no haya guión. Ni falta que hace. Topamos con una pareja de moda, muy "sexy", que se emplea, con incansable voluptuosidad en posar de múltiples maneras, manejando, a la vez, pesadas y ultramodernas armas de fuego, supuestamente preparadas para *liquidarse* entre sí. Las prolongadas secuencias de disparos, destrozos, retos, ruidos y persecuciones pretenden ser metáfora de la convivencia beligerante en los matrimonios. Dirige Doug Liman y la idea matriz, que propuso un estudiante de cine y pasó por redacciones de varias manos, antes de su rodaje, en 2004, terminó recibiendo la sorprendente etiqueta de "comedia romántica de acción".

En *Embrujada* (*Bewitched*), lo más valioso es, con mucha diferencia respecto todo lo demás, la graciosa, desenvuelta actriz principal, Nicole Kidman —Isabel y Samantha—. Se echa en falta una mayor aportación de efectos fantásticos, en el argumento, inspirado en una popular serie de televisión de los años 60. Requería un derroche de manipulaciones y originalidad, dado el tema. Pero, remisa en audacias de ese tipo, la directora, Nora Ephron, se limita a desarrollar sus conocimientos, en tono menor, dentro de lo que se denomina como "comedia romántica". Esta cinta entra de lleno en ese apartado, pero, con tal moderación en las chispas de humor, que por poco deja de parecer comedia. En contraste, quien no se contiene lo suficiente es el galán, Will Ferrel —Jack—, exagerado en demasía en su papel de actor, y apenas creíble en el de enamorado. Las breves apariciones de estrellas de otro tiempo, como Shirley MacLaine y Michael Caine, ponen su rayito de luz magistral en el brujeril entramado.

Francia, con *Usted, primero*, prosigue en las pautas de sus leves e ingeniosas comedias de última generación. Cuenta con un guión extremadamente sencillo, sazonado por hallazgos divertidos en el lenguaje y por situaciones acordes con el mismo. La defienden unos cuantos calificados intérpretes que garantizan nervio, convicción y jovialidad, como Daniel Auteuil, Sandrine Kiberlain y un impecablemente melindroso José García, de estirpe poco dudosa. En un enfoque total al juego de sentimientos particulares, Pierre Salvadori, el director, da primacía a las escenas breves y a las localizaciones en interiores. Es casi inevitable relacionar esta obra, por su carácter y tono, con las muy aplaudidas *Salir del armario* y *La cena de los Idiotas*, por ejemplo. Quienes las hayan visto saben que significan un tiempo para pasarlo a gusto.

Homenaje formal de Garci a Mihura

En España, *Ninette*, la película más reciente de José Luis Garci, parece trasladarnos a años luz del día de hoy. Está anclada en el pasado nacional, por partida doble, con lo que suponga para unos de satisfacción y para otros de desinterés. Primero, se desliga de la actualidad por su construcción formalista, muy fiel a su estilo personal, ordenado y clásico; segundo, también, por haber echado la vista a otra época —pueden calcularse años 40-50— para rendir homenaje a un significativo humorista del fabuloso clan de *La Codorniz*, Miguel Mihura. El talento y la lucidez del escritor, que fuera compañero de páginas de Fernández Flórez, Tono, Enrique Herreros, De la Iglesia, Galindo, Mingote, Azcona, etc., revive en la expresiva y cuidada aplicación que hace de su agudeza un reducido pero sobresaliente grupo de actores y actrices respaldando al director de *Asignatura Pendiente* y premio Oscar por *Volver a empezar*. Miguel Mihura, autor dramático, entre otras obras de *Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario, Sublime decisión, Maribel y la extraña familia, Tres sombreros de copa*, etc., evidentemente, más olvidado de lo que merecía, recibe este justo recuerdo, por medio de Elsa Pataki, Carlos Hipólito y Fernando Delgado, en los tres principales papeles.

Variedades

Un vuelco hacia la fantasía y el cuento lo proporciona *Charlie y la fábrica de chocolate*. Nueva versión del célebre libro de Roald Dahl, de intención decididamente moralizante, que el imaginativo Tim Burton planifica en dos bandas muy diferentes. Una realista, sombría y poética a la vez, en donde toda pobreza tiene su asiento. Corresponde al domicilio de la familia del niño Charlie Bucket (Freddie Highmore). Familia compuesta por siete personas que rebosan comprensión y humanidad en todo momento, los cuatro abuelos incluidos. Y el reverso de la medalla, que consiste en introducirnos en el espacio lujoso y secreto de la factoría de entrada prohibida, donde reina el genio pastelero, Willy Wonka (Johnny Depp). Esta zona luminosa se expone como un catálogo de sorpresas, en fondos de vivo cromatismo, con

inserción de números musicales y bromas visuales. Todo un derroche de exposición de dulces y abundancia de severas lecciones para niños petulantes, egoístas, avariciosos y golosos, por encima de los niveles socialmente correctos.

Cinderella man, el Hombre Cenicienta a que se refiere el título inglés, se ha tomado de una crónica deportiva y procede de un suceso real. Se le dio a un boxeador malaventurado, Jimmy Braddock, ciudadano de Estados Unidos, de origen irlandés, en los años 30, triste época de desplome económico en aquel país. Las andanzas de este hombre rayan en lo más increíble. Después de atravesar una vida profesional pasando de la gloria a la pena, se le presentó una oportunidad, con más aspecto de trampa mortal que de premio, por su amable condición. Un empeño, una necesidad y un amor a sus hijos y a su mujer, a quienes ansiaba sacar de la miseria, consiguió lo que nadie había previsto que podría suceder, por su edad y por sus circunstancias.
Presentada con buenas críticas en Venecia, con actores de categoría, como el protagonista, Russell Crowe; su mujer, Renée Zellweger, y su preparador, Paul Giamatti, que miman a sus personajes —algunos claramente prototipos, sobre todo los que se definen como empresarios del mundo pugilístico—, es escasamente recomendable para gente joven o muy sensible, por los numerosos combates y la furia y dureza con que se descargan los golpes. La notable factura del film se acrecienta gracias a la inserción de complementos de ambientación e informativos, muy especiales: las peleas de aquel tiempo, con los mejores puños del siglo, Primo Carnero, entre otros, en documentales de la época en que se produjeron; la derrota de Carnero y el triunfo de Max Baer y el del propio Braddock, etc., material que conservan, oportunamente, las cinetecas del mundo. Ron Howard actúa eficientemente para llevar a buen puerto esta casi biografía, impulsando al espectador a combatir mentalmente, por simpatía, con el héroe.

Obaba, de Montxo Armendáriz, que se ha presentado a competición en el Festival de Cine de San Sebastián-2005, se compone de dos elementos diferentes, pero plegado uno sobre otro, inseparables. Uno de esos elementos, el básico, es el territorio; el otro lo constituye la comunidad vecinal, sus pobladores. El pueblo montañero del norte de España, que se presta como escenario geográfico, posee estampa y clima irreprochables, tal como corresponde a la localización hecha por el artista que es el director navarro, descubierto por su fabricante artesano de carbón vegetal, Tasio (1984). La participación de las personas tiene trazos, características de amplia red de sentimientos. Algunos plasmados en acertados planos. Pero no todos se han descrito con la misma fortuna. Por tanto, la suma de sus relaciones no se resuelve, como uno se espera, en un marco poético completo y cerrado en firme sobre el misterio y la superstición que guarda la memoria de la gente. Quizá necesitaba de un tiempo más amplio de maduración la adaptación de las narraciones del libro Obabakoak, de Bernardo Atxaga, en que se basa el film.

Documentales

La temporada añade algunos documentales memorables. Por ejemplo, uno de la vecina Francia y otro español. Por cortesía, pasamos al francés primero.

Su título engaña . *El viaje del emperador*, de Luc Jacquet, que emplea a tres narradores, cuenta, dividida en etapas, la odisea anual de unos pingüinos, los llamados “emperadores”, en su ceremonia de reproducción en la gélida Antártida. La introducción de las voces es breve porque, de veras, la fotografía se basta para informar a lo vivo y detalladamente de los pormenores de la puesta de los huevos y de su incubación, atendida por ambos progenitores; del nacimiento del descendiente y de la urgencia de su alimentación. Una hora y veinticinco minutos de film, es el resumen de un rodaje que duró un año, el 2004. Puede

considerarse, sin exageración, una de las páginas más curiosas de biología que se haya ofrecido al espectador, sobre las costumbres de estas aves pálmipedas, tan buenas nadadoras y tan patosas peatonas que, por cierto, inexplicablemente, la enciclopedia Larousse da por extinguidas a mediados del siglo XIX.

La oferta hispana, *El cielo gira*, está firmada por Mercedes Álvarez, castellana de nacimiento. En su cinta, de una hora y cincuenta minutos de duración, la realizadora da noticia, en primera persona, de su pausado recorrido, cámara en ristre, por un pueblo, Aldealseñor, situado en los páramos altos de la provincia de Soria y abocado a una inminente desaparición. Sus habitantes, los rezagados de un abandono general que comenzó hace ya tiempo, no son más que catorce. El film fluye a modo de crónica meláncolica y oficia como telón para sus mil años de historia. La autora, una joven profesional, especialista, reconocida en el género que nos ocupa —montó la película de José Luis Guerín, *En Construcción*, en 2001—, traza un paralelismo entre el pueblo y el pintor Pello Azketa, a quien se acompaña en su persistencia artística, al margen del deterioro de su visión.